



SEGUIDILLAS

EN SIETE QÜESTIONES,

ALABANDO UNO Y DESPRECIANDO OTRO

LAS CALIDADES DE SUS DAMAS.

I.^a

YO quiero dama esquiva,
 porque su ceño,
 lo que gasta en pesares,
 ahorra de celos.

Que aquestos suelen
 matar, y los pesares
 no sé qué tienen.

Yo quiero dama afable,
 que su cariño,
 lo que gastase en celos,
 ahorra en suspiros:

Que es fuerte lance,
 haber de vivir uno
 con muchos ayes.



Yo no la quiero afable,
 que en su delicia
 será dama de todos,
 pero no mía.

Y aquesto es, claro,
 porque dama que à muchos
 quiere, da palo.

Yo no la quiero esquiva,
 que sus desguinces
 un objeto componen
 aborrecible.

De tal manera,
 que es mirarse à un espejo
 sin vidriera.

Si es afable, es mas fácil,

y.

y yo no quiero,
haya facilidades
en los intentos.

Esto es constante,
que hay poca diferencia
de afable à fácil.

Si es esquiva, es difícil,
y yo no quiero
hallar un imposible
en cada riesgo.

Y es cosa fuerte,
pudiendo encontrar vida,
buscar la muerte.

Si es afable en extremo,
es una puerta
sin cerrojo ni llave
para el que llega:

Que con seguro
fácil hará la entrada,
yo no lo dudo.

Si es esquiva, es grosera,
y es desatino,
pagar con groserías
lo que la sirvo.

Qué mayor pena,
que verse despreciado
quien se desvela!

Es lo esquivo en las damas
como lo bello:
una espuela que agita
mas el deseo.

Pues siempre ha sido
el desden mayor causa
para el cariño.

Es lo afable en las damas,
si bien se mira,
en el jardin de Vénus
gusto y delicia:

Donde pesares
nunca llegan, pues sobra

lo que se sabe.

En fin, Don Juan amigo,
en qué quedamos?

En que si son extremos,
ambos son malos.

Pues es sentado,
que lo bueno excedido,
no tiene cabo.

II.²

Yo quiero dama hermosa,
porque la dama,
si le falta lo hermoso,
qué vale? nada.

Pues la belleza,
ya se sabe, y es claro,
lo que se aprecia.

Yo quiero dama fea,
que su mal ceño,
entre otras muchas cosas,
me ahorra el ruego:

Que ocasionarme
pudiera, siendo hermosa,
en todo y parte.

Yo apetezco lo hermoso,
cuyo atractivo
hace dichoso el ruego
del mas rendido.

Y es de discretos
elegir en el gusto
lo mas perfecto.

Yo apetezco lo feo,
que en su decoro,
vivo con mas sosiego,
porque soy solo.

Y es la hermosura
un lleno de cuidados
que el alma abruma.

No quiero dama fea,
que siente el alma,
que le mire à uno siempre
de

N. 22.621

de mala cara.

Y aunque no quiera,
he de pasar la vida
de esta manera.

No busco dama hermosa,
porque no quiero
estar con su hermosura
siempre en un riesgo.

Que las beldades
son ladrones que roban
las voluntades.

Si miras à la fea,
dice su cara:
mas quisiera mil riesgos
que esta desgracia:

Porque lo feo
es, aunque mas me digan,
parte de infierno.

Si miras las hermosas,
todas conformes,
son un archivo lleno
de presunciones:

Son un conjunto,
lleno de vanidades,
pero de humo.

Yo para mis delicias
quiero lo bello;
porque se contradicen
delicia y feo.

Pues nadie ignora,
que amar feo y con gusto,
es fea cosa.

Mas quiero yo lo feo,
pues dice el alma,
que tiene mas segura
la confianza.

Y es evidente,
que así una vida dulce
pasarse puede.

Es lo hermoso un compuesto

de tal hechizo,
que fue siempre la envidia
de los nacidos.

No me lo nieguen,
que es constante, à lo hermoso
todo se debe.

En fin, Don Juan amigo,
la questão cesa?
Sí, porque todo es bueno,
en siendo bellas.

Y solo basta,
saber que son mugeres,
para estimarlas.

III.^a

Yo quiero dama gorda,
porque la flaca,
ni es carne ni pescado,
sino piltrafa.

Y si gordura
me das (dice un adagio)
daré hermosura.

Yo quiero dama flaca,
porque lo gordo,
ni es pescado ni carne,
que todo es brodio.

Y si se advierte,
es cosa que fastidia
con solo verse.

Yo aborrezco las flacas,
porque la olla
nunca tendrá substancia
sin carne gorda.

Flacas no quiero,
que substancia no tienen
para un puchero.

Yo me atengo à la flaca,
porque se pega
al afecto que quiere,
qual sanguiuela.

Pero à la gorda,

como está satisfecha,
todo le sobra.

Yo no quiero su apego,
quando su aliño
parece un esqueleto,
ò un pergamino:

Que se trasluce,
y mirando à dos haces,
horror infunde.

Mucho peor la gorda,
que con su traza,
ò ha de ser gigantilla,
ò gran tarasca:

Que querrá ansiosa
comerse, como dicen,
à uno por sopa.

No me hable usted de flacas,
porque no quiero
andar como los canes
royendo huesos.

Que es gran trabajo,
no poder pasar uno
tan mal bocado.

Vuélvome à mi flaqueza,
porque la gorda
me consume y abrasa,
y me sufoca:

Lo que la flaca
no tiene, antes destruye
mis humoradas.

Oyga usted, de las flacas
dixo un discreto:
estas son de la carne
el contrapeso.

Y yo añadiera:
tambien son de los huesos
las contrapesas.

Otro discreto dixo
à una gordura:
Dios me libre del vino

de aquesta cuba.

Y anduvo errado,
porque solo es pipote,
pero llenado.

Ayer vide à una flaca,
y dixè: mira,
esa ni aun servir puede
para cecina:

Y à buen recaudo,
si para algo se aplica,
será à tasajo.

No me hables de las gordas,
porque en el campo
parecen los mastines
de los ganados:

Porque à su ansia
nada le satisface,
ni menos basta.

Las flacas en el campo,
si bien se advierte,
parecen unas galgas
que corren liebres:

Que como llevan
mucho ayre en el cuerpo,
corren que vuelan.

En fin, amigo Eusebio,
dime en qué quedas?
En que flacas y gordas
todas son buenas:

Pues siempre agradan,
la gorda, porque es gorda,
flaca por magra.

IV.^a

Quiero dama chiquita,
porque la grande,
caso que sirva, sirve
para un gigante.

De estos hay pocos,
con que el que no lo fuere,
dará de codo.

Yo

Yo no las quiero chicas,
que en sus amores
se bullen y rebullen,
como ratones.

Esto supuesto,
preciso es que el amante
sea de queso.

En siendo pequeña
qualquiera dama,
de los pies à cabeza
es filigrana:

Que lo pequeño,
como sea pulido,
no tiene precio.

Si es ayrosa la dama,
en siendo grande,
es la mayor delicia
mirar su talle:

Que ostenta siempre
un no sé qué de gusto,
que amor lo entiende.

Una dama muy grande,
si se repara,
para pescar à anzuelo,
es buena caña:

Que à todos prende,
quando no por pasiva,
ya usted me entiende.

Una chica parece,
por lo redonda,
en el juego de amores
la perinola:

Y es en substancia,
un ten con ten del gusto,
con poca alma.

Caso que yo tuviera
la dama larga,
la pusiera por sogá
à una campana.

Y aun esto es poco,

por ser mas adecuado,
soga del pozo.

Una dama pequeña,
es muy notorio,
que por buena que sea,
será muy poco.

Porque es negado,
que en lo pequeño quepa
grande tamaño.

Digo à una dama grande,
quando la encuentro:
Dios guarde à usted mil años,
señor Sargento.

Mas si se enoja,
ò le digo : à Dios , largas ;
ò à Dios , pilonga.

En fin , Don Juan amigo,
qué determinas ?
El quererlas à todas,
grandes y chicas.

Pues se evidencia,
que de chicos y grandes
se hace la guerra.

V.^a

Yo quiero dama tonta,
que lo entendido,
si se busca , se encuentra
en qualquier libro.

Y puede serlo,
siempre que se le antoje,
como él , discreto.

Yo la quiero discreta,
que lo discreto
le da mayor realce
à todo objeto.

Que la ignorancia,
si tiene objeto alguno,
será en desgracia.

Yo la quiero muy tonta,
que en qualquier tema,

mu-

mucho mejor es tonta,
que bachillera.

Dónde hay paciencia
para oír à una dama
que todo es lengua?

Yo la quiero discreta,
que en todo lance
la muger entendida
dos veces sabe.

Pero la tonta,
à tontas, lo que sabe,
dice, y à locas.

Mejor es ignorante,
que si se aferra
en defender su honra,
no hay quien la venza.

Que en este lance,
tanto vale una tonta
como un diamante.

Bien haya una discreta,
que su discurso,
en todo acaso y lance
sirve de mucho.

Y en las materias
que el amor proporciona,
quita las penas.

Yo me atengo à la tonta,
que en todo caso,
ni sabe ni discurre
lo que yo hago.

Mas la discreta,
como todo lo nota,
todo lo cuenta.

Mejor es la discreta,
que advierte y sabe
de qué ocasion y riesgos
ha de guardarse:

Que no son pocos
los que amor ocasiona
por varios modos.

Mejor es dama tonta,
para que ignore
los ardidés y trazas
que amor esconde.

Que siendo tantos,
se ofrecen tropezones
à cada paso.

Mejor es entendida,
para que sepa
las traiciones y engaños
que amor encierra.

Pues su discurso
desatará prudente
qualquiera nudo.

Mejor es una tonta,
que nunca entiende
la máxima del otro,
que bien la quiere.

Y hablando claro,
no hay querer por el tiple
sin contrabajo.

En este caso, Eusebio,
dime, en qué quedas?
En querer à las tontas,
y à las discretas:

Pues bien se sabe,
que en discretas y tontas
de todo cabe.

VI.^a

Yo quiero dama blanca,
que el blanco siempre
hace hermoso el objeto
que le posee.

Ningun testigo
para esto se requiere,
que yo lo digo.

Yo la quiero morena,
que lo moreno
tiene dos mil sazones
para su dueño.

Tan

Tan cierto es esto,
que el que lo contradiga,
diré que es necio.

No la quiero morena,
porque aunque fina,
es una media esclava
de quien la mira.

Y es una tacha,
que por mas que se encubra,
sale à la cara.

No me hables de blanca,
que no la quiero,
porque dama de nieve
siempre es un hielo:

De que yo saco,
será dama de invierno,
no de verano.

Sentado lo moreno
en qualquier rostro,
es contrario atributo
para lo hermoso:

De que se sigue,
que hermosura y moreno
se contradicen.

Mira una dama blanca,
que sus colores
regularmente encubren
imperfecciones:

Que à no tenerlas,
del arrebol gastaran
mas las morenas.

No la quiero morena,
que al arrimarme,
el blanco de mi acto
puede tiznarse:

Lo que no pasa,
ni jamás ha pasado
por muger blanca.

Yo no la quiero blanca,
porque es gran chasco,

al ver sus floxedades,
quedarme en blanco:

Y es gran desgracia,
el haber de pasarlo
con una blanca.

Una dama morena
siempre parece
dama de chocolate,
con que me muele:

Porque su ceño,
como no da en el blanco,
tira à moreno.

Una dama, señores,
quando es muy blanca,
por mas que se sazone,
es sopa enagua.

Nadie lo niegue,
que ya he dicho, es la blanca
dama de nieve.

Es la blanca, si sale
à los pensiles,
envidia de azucenas
y de jazmines.

Esto lo pruebo,
por lo que dicen todos:
con que callemos.

La morena en el prado
con tantas sales,
hasta el viento la envidia
gracia y donayre:

Y esto se prueba
con que todos lo dicen;
y así se observa.

La questão concluida,
qué es lo que mandas?
Que las quieras à todas,
negras y blancas:

Sin mas razones,
que ver que todas tienen
dos mil primores.

Yo

VII.²

Yo quiero dama rica,
que nadie niega,
que tener dama rica,
es conveniencia:

Y es de dos modos,
uno por su belleza,
y otro del oro,

Yo quiero dama pobre,
porque se dice,
que la rica es soberbia,
la pobre humilde.

Pues he gustado,
siempre estar satisfecho,
pero no harto.

Pobre no he de admitirla,
que es la pobreza
desdicha de desdichas,
quando no afrenta:

Y en este estado,
un hombre se ve expuesto
siempre à trabajos.

Rica yo no la quiero,
que es desarino,
querer mandar por rica
en mi alvedrío:

Sin que le basten
razones, pues lo rico
tiene ley grande.

En mi opinion no cedo,
pues nadie niega,
que es una dama pobre
peor que fea.

Y estar se sabe
siempre la dama pobre
de mal semblante.

Yo no la quiero rica,
que dice à gritos:
tú qué traxiste? nada,
que todo es mio.

Siendo la gracia,
el que ha de pasar todo
por su aduana.

Es la rica à la pobre
tan ventajosa,
que quanto à una le falta,
à otra le sobra.

Y es una cuenta,
que la práctica misma
nos da la prueba.

Una dama muy rica
siempre es entera,
lo que la pobrecita
es alhagüeña.

Y esto no puede
suceder con la rica,
que enseña el diente.

No quiero dama pobre,
que la pobreza
trae siempre à las casas
dos mil quimeras.

Y se confirma,
que donde harina falta
todo es mohina.

De qué sirve la rica,
si en su riqueza
nunca encuentro otra cosa
que desvergüenza?

De buen tamaño,
que una rica es soberbia;
mas al contrario.

Y por fin de quèstiones,
qué determinas?

El quererlas à todas,
pobres y ricas.

Pues todas ellas,
sean ricas ò pobres,
siempre son buenas,